

# La otra muerte de Elena

## WENDOLYN LOZANO TOVAR

Elena se desnuda frente al espejo. En realidad, piensa, no me veo tan flaca. Sin distinguir si aquello era hueso o piel, se pregunta cuándo habrá de desaparecer de una buena vez, ya por completo, del mundo. Y cómo saberlo, si en esa casa no transcurría el tiempo. Y es que Elena decidió encerrarse años atrás, sus motivos tuvo. Pero eso ya no le importaba. El pasado, le dice a Soledad mientras acaricia sus bigotes, ya se me olvidó.

Aquello era una especie de autoexilio doméstico, un retiro improvisado y muy poco espiritual que más bien sonaba a arrebatos o, mejor aún, a pendejismo, dicho en palabras de Augusto, quien tenía que trasladarse cada semana hasta Cuernavaca para llevarle provisiones que de no ser por él, Elena jamás saldría a buscar. Y es que, después de lo que le pasó, la desdichada no tendría el dinero o las fuerzas para comprar las cosas elementales que se le ocurrían a Augusto. Eso sin olvidar, por supuesto, el alimento para sus gatos que, obligadamente, como todo lo demás, el hombre arrastraba -como un peso enorme en su lomo y, sobre todo en su bolsillo -hasta su ventana.

Por favor, le hablaría Augusto, ábreme un momento, Elena, necesito ver que estás bien. Aquí traje tus cosas. También la comida para tus animales como te lo prome-

tí. Total, si eso te hace feliz. Pero, ¿no crees que me debes aunque sea un poco de tranquilidad? Anda, ábreme esta vez. Escribe al menos, aquí te dejo lápiz y papel. Ya déjate de estupideces. No me obligues a llamar al psiquiatra. Acuérdate cómo te pusiste de mal la última vez. Te juro, ahora sí que te refundo. Vamos, abre ya. Todos los tonos y amenazas había intentado ya el hombre, resignándose al asomo fugaz que, tras la cortina polvorienta de la ventana, era todo lo que Elena mostraba para él.

Los gatos favoritos de Elena eran Soledad y Güerito. Los llamó así porque, el primero, de un color gris insoportable, le recordaba su misma tristeza, y el segundo, irónicamente, de tan negro y absoluto, evocaba a la muerte. Así había llamado a cada uno de sus gatos: como sus temores. Soledad y Güerito eran los más viejos y les había dado el privilegio de dormir en su cama, no tanto por viejos sino, -como si eso fuera posible en sus gatos-, porque eran los menos traicioneros. Además, fueron los primeros que llegaron a su casa. Ya nunca quisieron irse o más bien, Elena ya nunca los dejó salir. No tenían queja los felinos; al menos no al principio, el alimento era bueno. Los demás estaban a fuerza. Y cómo no estarlo, rasguñarla a ratos, orinar su cama y los sillones de puro gusto, si junto a ella estaban purgando también quién sabe qué penas.

Un mes y de Augusto, nada, pensó Elena mientras se desnudaba frente al espejo como cada mañana para



Jesús Martínez

revisar el estado de sus huesos, incapaz de salir por comida, la de los gatos claro, porque ella hacía tiempo que había dejado de comer atún o papas. Hundió entonces su delgadísimo brazo en el último bulto de alimento hasta que sus dedos tocaron fondo y recogieron como espátulas los sobrantes. Sabía que esto sucedería. Hace tiempo que lo sé, he de morir de esta manera, suspiró mientras terminaba de lamer de su mano los residuos de carne rancia para luego acariciar a Insomnio, que rondaba entre sus piernas, enrollando su cola erecta en su pantorrilla. ¿Hambre, minino?

Elena llamó a los gatos a comer. Se había preparado bien y los gatos estaban ya dispuestos. Tras recostar su cuerpo desnudo y escuálido en el piso de la cocina, todos ellos, los treinta y siete animales se fueron acercando y tomaron lo que era suyo y que ella les había otorgado desde que los metió en su casa.

Cada uno tomó un poco de Elena, de esto y aquello, de su cuerpo y su alma, en una comunión terrible. Todavía, con un poco de miedo a morir –porque sabía que iba a morir en cualquier momento– cerró los ojos hasta que los gatos se perdieron más y más en las cavernas de su cuerpo. Elena ya no tuvo miedo. El miedo, ya tampoco tuvo a Elena. Al fin era libre, liviana como ella quería. Invisible y libre.

Cuando Augusto forzó la puerta de la casa, un hedor inundó el aire y su tormento llegó hasta las fosas de su nariz. La fetidez, sin embargo, al tiempo de repugnar, seducía. Con el movimiento defensivo de sus dedos, obstruyó el suministro de aquella pestilencia que se había fermentado en sus bronquios. Elena no apareció por ningún lado, sólo el olor que, insistente, se postraba en el aire. Los gatos, –los malditos gatos, pensó Augusto–, estaban ahí, mirándolo fijamente, gordos y ronroneantes. 🐾